

**LA PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL**  
**COMO EJERCICIO RESPONSABLE DE LA ACCIÓN Y LA PALABRA**  
***Gustavo Schujman***

**Gustavo Schujman** es Profesor, Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y Diplomado de Estudios Avanzados en Educación y Democracia (Universidad de Barcelona). Se desempeñó como Coordinador del Área de Formación Ética y Ciudadana del Ministerio de Educación de la Nación (2000 – 2004) y Coordinador del Área de Formación Ética y Ciudadana de la Escuela de Capacitación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Fue tutor y profesor del Postgrado y Maestría virtuales en Educación en Valores (Universidad de Barcelona – OEI). Coordina actividades de capacitación en Derechos Económicos, Sociales y Culturales dirigidas a organizaciones sociales y a agentes públicos, en el marco del Programa de Fortalecimiento del Sistema de Protección de los Derechos Humanos (Secretaría de Derechos Humanos de la Nación – Comisión Europea). Es autor de libros de texto para estudiantes de escuelas primarias y secundarias en las áreas de formación ética y ciudadana, filosofía, derechos humanos y ciudadanía, educación cívica, política y ciudadanía y autor y coautor de libros para docentes: *Formación ética y ciudadana. Un cambio de mirada; Formación ética básica para docentes de escuelas secundarias; Ciudadanía para armar; Temas fundamentales de la filosofía y aportes para su enseñanza*. Autor de la serie “¿Cómo te explico?”. Ha sido asimismo, coordinador autoral de la serie de libros sobre Educación Vial para Escuelas Secundarias (Ministerio de Educación de la Nación - Agencia de Seguridad Vial) Ha dictado talleres, seminarios y conferencias en países de Iberoamérica en el marco de acciones propiciadas por la Organización de Estados Iberoamericanos, la Universidad de Barcelona y la Embajada de Argentina en México.

En esta videoconferencia vamos a trabajar sobre el tema de la participación. Voy a ir por algunos ítems para pensar la cuestión de la participación, no tanto desde los dispositivos que pueda haber en las escuelas, sino desde la filosofía o de la argumentación sobre por qué nos parece importante la participación de los estudiantes en las escuelas.

Hablar de participación significa suponer cuestiones relacionadas con la convivencia, la cual nunca es indolora y sí es a la vez difícil y conflictiva. Lo más común es el desacuerdo, el conflicto, o en todo caso el desafío de acordar y convivir. La convivencia humana es en un deseo, un objetivo, no es algo que sucede. ¿Por qué, si la convivencia es dolorosa, no nos reclusamos en nuestro mundo privado y nos aislamos? Porque necesitamos de los otros para ser nosotros, somos con los demás, en el sentido que nuestra propia humanidad está conformada por la relación con los otros, nuestra identidad necesita de los otros para constituirse. Los demás son necesarios, los necesitamos aunque nos resulte difícil estar con ellos.

La convivencia escolar tiene el aditamento de ser una convivencia obligada. Convivir es difícil, en general con cualquiera, pero aquí tenemos la dificultad adherida de una convivencia cotidiana y obligatoria, de muchas horas, día tras día, con personas que no hemos elegido convivir. Esto que vale para los chicos, que lo podemos pensar como aquello que les sucede a los alumnos y alumnas, nos sucede a nosotros también como adultos, en la tarea cotidiana de la escuela o en otros ámbitos laborales. Nos tenemos que encontrar día a día con personas a las que no elegimos, no son la familia o los amigos, pueden ser que se conviertan en nuestros amigos o nuestros seres queridos, pero puede ser que no.

En la Resolución nº 93 nos encontramos con la idea de desestructurar un poco los grupos, que no estén siempre juntos, sino que exista la posibilidad de que la escuela secundaria se empiece a abrir a otras posibilidades, a otros dispositivos de organización y de trabajo en talleres, seminarios o jornadas. La idea es que los chicos puedan compartir situaciones educativas y edificantes con otros chicos y no siempre con los mismos.

¿Qué significa participar? Participar es ser parte de un grupo o un colectivo, y en ese sentido todos somos parte, participamos de algún modo en algún grupo o colectivo. Pero cuando

pensamos en la participación con la idea de ser parte, me parece que estamos queriendo algo más que el simple hecho de estar ahí. Cuando alguien se siente parte, no es simplemente porque está con otros, si no que hay algunas dimensiones de la relación con los demás que se tienen que dar. Somos parte si es que somos reconocidos, es decir, hay una cuestión muy importante en las escuelas, que es el reconocimiento.

Todorov es un filósofo búlgaro que en su libro “La vida en común” trabaja el concepto de reconocimiento, y dice que todos los seres vivos necesitan satisfacer sus necesidades biológicas, necesitan el agua, el descanso, la luz, y esto vale tanto para las plantas, para los animales y para los seres humanos, pero estos últimos, además de vivir, necesitan existir, y esto significa, ser para otros, ser visto por los otros semejantes. No nos alcanza con la vida biológica, necesitamos la existencia, la cual está más allá de la vida biológica, y explica por qué ciertas personas ya no viven y siguen existiendo, por qué están en el recuerdo de otros que han conocido a estas personas, y hay personas que aún viven, pero que ven fuertemente debilitada su existencia. Por ejemplo, las personas que pueden ser excluidas recrean su existencia frente a otros, pero han perdido algo de su existencia respecto de aquello que alguna vez los reconocieron y ahora no los reconocen. La existencia está mucho más allá de la vida biológica, también podemos decir que mientras ésta se puede satisfacer, las exigencias del reconocimiento son insaciables: queremos siempre reconocimiento, nunca alcanza con el reconocimiento de los demás, queremos siempre más. El reconocimiento tiene dos aspectos: uno es el reconocimiento por conformidad, que es el hecho de ser reconocidos como iguales, como alguien que tiene los mismos derechos; el otro reconocimiento es el de la distinción, queremos el reconocimiento de la diferencia, de aquello que nos distingue. Esto puede observarse en la lucha por los derechos humanos, hay luchas que son por la igualdad, “yo tengo los mismo derechos que los demás”, pero también puede haber luchas por el reconocimiento de la diferencia, “quiero que me acepten y valoren como soy, y quiero que haya derechos diferenciados para mí o para cierto grupo”. Esto es lo que pasa con los pueblos originarios que reclaman por derechos diferenciados, en muchos casos hay buenas argumentaciones para reconocer derechos diferenciados a ciertos grupos, eso es reconocer una diferencia.

En el ámbito de la escuela, hay mucho conflicto ligado a la falta de reconocimiento, muchos docentes en espacios de capacitación, o directivos de escuela, hablan del sufrimiento causado por la falta de reconocimiento, por ejemplo, falta de reconocimiento a la propia tarea, a la profesionalidad. La autoridad educativa aparece solo para reclamar, para controlar y para ver porque algo no funciona. Muchas veces esta falta lleva a situaciones de violencia, donde ciertas personas, adolescentes o niños, buscan el reconocimiento por la negativa; al no sentirse reconocidos buscan generar alguna disrupción, incluso grave, para destacarse, para llamar la atención, para ser reprendidos y sancionados.

Por un lado dijimos que la participación es ser parte, y quisiéramos que sea significativo, que no sea simplemente estar en una silla ocupando un lugar. Hay otro aspecto de la participación que tiene que ver con el poder. Participar quiere decir ejercer poder, construir poder, lidiar con los poderes establecidos. Es una forma en la que se expresa el ejercicio del poder. El poder no es una cosa que se tenga, no es una posesión, si no que es algo que circula, que puede estar en un lugar y luego en otro. El niño tiene poder a veces sobre los maestros o el adolescente puede tener poder sobre los docentes, cuando logra que hagan lo que ellos quieren que haga. El docente logra a veces ejercer poder sobre los alumnos cuando logra que hagan lo que el quiere que hagan. El padre tiene poder sobre el niño, incluso el niño más pequeño, cuando logra que haga lo que quiere, pero a veces el niño puede lograr también que el padre haga lo que él quiere, por ejemplo a través de los llantos, gritos y berrinches. Quiero decir, el ejercicio del poder puede darse en cualquier lugar y puede ser ejercido por cualquiera, no tiene que ver con algo relacionado necesariamente a un lugar, a una asimetría, a un título o una autoridad oficializada. El poder va pasando de manos, a eso le llamamos relaciones de poder que están presentes en toda convivencia. No es un problema que haya relaciones de poder, que fluctúe o circule, el problema se da cuando eso cristaliza, es decir, el problema es cuando pasamos a una especie

de estado de dominación donde hay solo una persona o un sector que domina a otro y no le permite en ningún momento ejercer poder. Estamos frente a un problema serio cuando hay personas que quedan anuladas y otras son siempre las que ejercen el poder.

El espacio público de una escuela debería ser deliberativo y plural, debería ser un espacio que permita la circulación de poder, que no deje que éste se instale en un solo lugar. El poder siempre es colectivo y compartido, por supuesto que me refería al ámbito público, cuando daba el ejemplo del niño y el padre o de un alumno frente a un docente, podríamos hablar de un poder ejercido individualmente, pero si hablamos de la escuela como espacio público y hablamos del ámbito de lo público donde aparecen muchas personas, donde se van constituyendo grupos, donde se constituye un “nosotros”, deberíamos pensar que el poder siempre es compartido y colectivo, esto vale para el poder político. Podríamos pensar, que el ejercicio de poder en las escuelas es poder político, que la participación en la escuela es participación política. ¿Por qué es participación política? Simplemente por la etimología de la palabra política que viene de polis y tiene que ver con la ciudad, con la ciudadanía, con lo común, con el espacio de la sociedad, de la plaza pública. Entonces, todo lo que queramos hacer en ese espacio es político en ese sentido, es la conformación de un nosotros que puede afectar a otros, pero hablamos siempre de sectores, de grupos, organizaciones, no estamos hablando de un “tu a tu”, si no que hablamos de esta dimensión colectiva de la acción. Cuando se habla de que cierto presidente hizo tal o cual cosa, incluso aquí hubo una publicidad en épocas de una campaña eleccionaria, donde aparecían en los carteles “este presidente lo hizo”, nosotros sabemos que eso es una mentira, esa persona sola no lo hizo, si fue posible hacerlo, fue porque existió un proyecto que fue internalizado por muchos otros, fue llevado a cabo por cientos, fue apoyado por millones y fue contrariado o rechazado por otros, que en todo caso no tuvieron la fuerza de frenarlo. Entonces, el “yo hice” es siempre una mentira en el ámbito público, Napoleón no hubiera sido nadie sin los otros, la acción en el ámbito público siempre es colectiva y necesita de los demás, esto es muy interesante para nuestra actividad en las escuelas como docente y directivos, cuando nosotros pensamos un proyecto y queremos llevarlo a cabo, ese proyecto está destinado al fracaso si pensamos que podemos realizarlo en soledad. El proyecto empieza a funcionar si ha logrado captar el interés y el involucramiento de otros, y hay otros que también se hacen cargo de ese proyecto, que seguramente no será el que nosotros pensamos originalmente, porque algo que es propio de la acción colectiva, es una acción que no es posible de controlar en todos sus aspectos. Lo que se va armando es bastante diferente de la idea original, en principio porque estos otros interpretan aquello que uno ha iniciado, pero además porque hay otros que van a reaccionar, hay otros que también conforman nuestro colectivo y que van a actuar en función de aquello que algunos hagan, entonces los resultados empiezan a ser muy diversos de lo que hemos proyectado.

Es importante cuando pensamos la participación en el sentido de la conformación de un nosotros y de una acción colectiva que pueda reflexionarse con los estudiantes, es decir, la acción colectiva también genera responsabilidades de tipo colectiva, mientras que la culpa siempre es individual. Cuando hablamos de responsabilidades colectivas hacemos referencia a aquellas que tienen que ver con lo que hacemos o lo que dejamos de hacer en conjunto con otros.

Pensar en lo positivo de la participación quiere decir que, de algún modo, estamos pensando en lo negativo de lo no participación, la cual es un tipo de participación, es decir, aquellos que no participan, que se recluyen o no quieren saber nada, también participan aunque de la peor manera. Lo interesante es propiciar la participación activa, conciente y deliberada, donde los chicos puedan actuar en conjunto, puedan tomar decisiones, y no dejar que se vaya dando una participación pasiva. La participación pasiva es aquella que termina aceptando, con silencios o con el desinterés, las peores cosas. Sabemos que los regímenes mas abyectos se han valido de la no participación activa, mucho apoyo silencioso y no participativo de muchas personas que prefiere no meterse, no actuar o que no quieren hacerse cargo de lo que piensan, pero que dejan hacer. Y ahí aparece lo peor de lo que puede pasar con el ejercicio del poder por parte de quienes si están interesados en mover las cosas, en actuar. Digamos entonces, que generar

participación, propiciarla, es activar la acción colectiva y es desactivar la apatía. Es decir, hablamos del que no se mete como si no tuviera efectos ese no meterse, y sin embargo sabemos que el no meterse tiene efectos y más aún cuando hablamos de estructuras democráticas, cuando estamos pensando o queremos una sociedad democrática. El no participar tiene efectos políticos que pueden ser muy importantes. Lo hemos visto hace algunos años, con una elección en Francia, donde la mayoría de los electores no quiso participar, y tuvo un gran porcentaje el candidato fascista “Le Penn”, y en una segunda vuelta todos fueron a participar, a votar porque se asustaron de lo que se venía. Podríamos decir que, en nuestro sistema, todos somos políticos, cuando rehuimos de la acción política o la rechazamos, estamos también haciendo política y estamos generando efecto.

Decíamos que entendemos a la escuela como espacio público, a diferencia de otros espacios, porque el espacio de la familia, por supuesto es un espacio donde también se convive y estamos con otros pero no lo llamaríamos un espacio público, tiene que ver con el mundo inmediato, de los seres queridos; el mundo de los amigos también es un mundo elegido en el que estamos con los que consideramos más semejantes. El espacio público, en cambio, nos da la oportunidad de enfrentarnos y de relacionarnos con personas muy diversas, con el otro, nos da la posibilidad de relacionarnos con lo diferente, incluso con lo extraño, el espacio público es diferente de otros espacios y es un espacio muy fuerte en la construcción de identidad de cada uno de nosotros. Isabelino Siede en su libro “La educación política” nos dice que cuando el niño entra por primera vez a la escuela, entra tal vez por primera vez al espacio público institucionalizado, y la maestra que lo recibe, es la primera agente público con el que el niño se encuentra, con quien va a tener un contrato público. El trayecto por la escuela es un trayecto de formación ciudadana, que puede estar bien logrado o no, pero es inevitable que la escuela sea un lugar privilegiado para la formación ciudadana, porque allí nos encontramos con los otros, porque allí convivimos con aquellos que forman parte de nuestra sociedad y porque allí también se dirime que es lo justo o lo injusto, que es lo que está bien o que está mal, el problema de la igualdad, de la diversidad, de la desigualdad. Muchas de las cuestiones que están vigentes en lo social, en la vida pública, también se encuentran presentes en la vida cotidiana de las escuelas. La escuela es un espacio privilegiado para la formación ciudadana, pero que a veces se desconoce, se pretende que la relación que se establezca entre maestro/profesor y alumno, sea una relación no tan institucionalizada, sino una relación personal, amistosa y demás, cuando en realidad no podemos desconocer la función que cumple nuestra función como formadora de ciudadanos.

El título de la videoconferencia, tenía que ver con la acción y la palabra, yo tomo algunos conceptos de Ana Arendt en el libro “La condición humana”, donde realiza una diferencia entre la conducta y la acción. La conducta sería aquello que esperamos del otro, aquello que tiene que ver con lo previsible, con lo que se considera correcto; se trata de algún modo lograr en lo chicos la conducta, se trata de lograr que los comportamientos de chicos y chicas sean previsibles, que estén dentro de un marco de regulación. También se espera de nosotros como docentes que actuemos de una determinada manera, más o menos previsible también para los alumnos y para nuestros pares. Mientras que la conducta es aquello que se espera de nosotros, la acción es lo nuevo, la irrupción de lo nuevo. La acción es cuando alguien actúa de un modo imprevisible, cuando actúa de un modo que sorprende, cuando aparece la persona, cuando aparece la identidad de alguien. ¿Cuándo aparece eso? No con la conducta, no cuando nos movemos como los demás, si no cuando hacemos algo que irrumpe en el mundo, que propone algo nuevo. Esto también debería estar presente como objetivo nuestro, queremos la conducta, queremos más o menos acciones “previsibles”, pero queremos o deberíamos querer también la acción, deberíamos querer que los niños y adolescentes nos sorprendan, que produzcan algo nuevo, que produzcan algo que no esté enmarcado en nuestras pautas o normas o en aquello que esperamos de ellos. La acción es aquello que nos define e identifica. Esto también es aplicable a la palabra; como docentes queremos de algún modo que el chico repita aquello que aprendió, que lo diga tal cual lo aprendió, a veces nos da mucha satisfacción que lo diga como nosotros lo hemos dicho antes, veamos repetido en el discurso del niño, nuestro propio discurso, “que inteligente este chico que dice lo mismo que yo”, y el chico, ustedes saben el oficio del alumno,

empieza a aprender según como quieren que responda, empieza a entender el juego de la expectativa docente o de las autoridades y empieza a funcionar según esa expectativa. No está mal que queramos una regulación respecto de lo aprendido, una evolución donde los chicos tengan que decir aquello que han aprendido y nosotros hemos enseñado. Pero si es importante dar lugar a la palabra, que no es solo la repetición de lo ya dicho, que no es lo que se dice, lo que se piensa, si no que empieza a ser algo de la propia persona, algo que la identifica, aquello que quiere decir, que tiene que ver con su definición como "tal o cual". Ana Arendt dice que cuando alguien se pregunta ¿quién es?, la respuesta correcta no es dar el número de documento, sino decir que soy profesor de tal lado, hago tal actividad, tengo tantos hijos... El ¿quién es? se responde con un relato, se responde hablando de la propia vida, de aquellas cosas que hemos vivido y hemos hecho, en las formas en que hemos respondido a las cosas que nos han pasado y eso va determinando y delineando quienes somos, el cuál nunca se termina de definir, se termina con la muerte. No hay una definición de quienes somos, lo que si podemos hacer es relatar aspectos importantes de nuestras vidas. Si somos libres y podemos hacernos cargo de cómo respondemos a eso que nos pasa, de que hacemos con eso, ahí aparece la dimensión de la libertad y aparece la persona, el individuo.

En el ejercicio de la palabra, ¿cuándo los adolescente y lo niños la ejercen? No es cuando repiten algo que estamos esperando que digan, sino que tiene que haber un ámbito amable, propicio para que la palabra surja, sin miedo al control de los adultos, a las reprimendas, al "eso no se dice" o "lo que estás diciendo es incorrecto". Para que surja la palabra tiene que haber un adulto disponible para escuchar, tiene que haber una escucha atenta y auténtica, y tienen que darse condiciones. Esas condiciones a veces son muy sencillas, tienen que ver con dispositivos que generamos en las aulas o en ámbito de taller, donde los chicos puedan hablar entre ellos, donde puedan ejercer la palabra si no se animan ante el conjunto pero si junto otros, y que su palabra se vea reflejada en algún representante que va a contar lo que pasó en cada mesa o en cada grupo. ¿Por qué es tan importante la palabra? En esto me gusta citar a al filósofo "Max Pack" que en su libro "Pensamiento y lenguaje", en una nota al pie, cuenta una anécdota de un profesor que le dice a su alumno "Pensá antes de hablar" y la alumna responde: "¿Pero cómo puedo saber lo que pienso si no me lo oigo decir?" La alumna le responde muy bien al profesor. "Dejame hablar". El pensamiento no va disociado de la palabra, se construye con ella. Cuando queremos generar aquello que llamamos pensamiento crítico (que aparece como objetivo en nuestros proyectos) tenemos que dejar hablar porque el pensamiento crítico de cada uno se constituye en el habla. Cuando discutimos con otros en un espacio de debate, que nosotros como docentes podemos propiciar y aparte lo vivimos en situaciones buenas de capacitaron docentes, cuando hay debate real, discusión real, las personas van construyendo lo que piensan mientras hablan, van viendo que piensan respecto de lo que dice el otro, van construyendo pensamiento en silencio pero escuchando la palabra del otro, vamos cambiando lo que pensamos sobre el tema que se esta debatiendo, y ahí hay un intercambio real de palabras, ahí esta sucediendo algo significativo. Lo que no está bien es el debate donde cada uno trae lo suyo armado, triturado y pensado, y lo único que se da es el intercambio de lo que ya cada uno piensa, pero donde no se ejercita el pensamiento, no pasa nada, no hay pensamiento en acción. A veces los debates que propiciamos se quedan en eso. Por ejemplo en la expresión de las opiniones primarias de cada uno de nosotros y no en una etapa superadora de esa instancia donde empecemos a pensar juntos. Participar es pensar juntos y es importante y fundamental el ejercicio de la palabra para ayudar a pensar.

Otra cuestión importante cuando pensamos en aquello que hace posible que alguien quiera participar, es el lo que algunos llaman el amor propio. En pedagogía se usa la palabra autoestima, que tiene que ver con valorarse a sí mismo como persona, creer en uno mismo, creer que lo que uno puede aportar tiene valor para los demás.

Muchas veces vemos chicos que están desmoralizados, no se quieren a ellos mismos, o se quieren mal y se maltratan. Uno podría pensar que se puede hacer con esto porque no viene de la misma escuela. No es la escuela la que produce un daño tan grave en la autoestima, pero si

podemos pesar que no debe hacer la escuela para herir aun más el amor propio de alguien. La escuela no debe descalificar, desvalorizar a la persona. Yo puedo decirle que no a una persona por lo que esta haciendo, pero ese no es sobre lo que esta haciendo, no es un rechazo a la persona misma. Yo puedo evaluar un producto, pero esa evaluación no es del sujeto que ha generado el producto, en el sentido de la descalificación. Muchas veces los docentes generamos situaciones en las que podemos ahondar mas en el daño que alguien ya lleva consigo. A mi me ha pasado con el tema del dibujo. Me gustaba dibujar, pero me dijeron “vos para eso no servís” y nunca mas dibuje, nunca más lo intente. Así como la escuela abre puertas y ofrece la posibilidad de hacer cosas que no haríamos si no estuviésemos en la escuela, también cierra puertas, obtura la posibilidad que alguien desarrolle algo que le gusta (lo haga bien o mal).

La desvalorización genera este daño en la autoestima y ese daño es causa de la falta de compromiso y de interés por lo común, por lo público, por participar con otros. Si yo creo que no valgo nada, para que quiero meterme en algo donde lo mío no va a tener ningún valor. Hay que poder querer dar, brindar, ofrecer para participar.

Es muy importante en el sentido de que en la participación, por más que encontramos lo que los otros nos dan, también es cierto que debe existir una posibilidad de dar, de ofrecer. Para poder propiciar la participación de niños y adolescentes hay que poder confiar. Nosotros como adultos tenemos que confiar en las capacidades de estos niños y adolescentes para generar algo entre ellos, para proponer algo a través de la deliberación (por ejemplo, para que puedan construir un proyecto, para que puedan proponer alguna medida o influir de algún modo en la vida institucional). Para ello, tenemos que confiar en ellos, confiar que ellos pueden hacerlo. De hecho la democracia esta basada en la confianza. La democracia es una confianza institucionalizada en las capacidades de las personas para tomar decisiones colectivas. El control o los regímenes que no son democráticos, son regímenes que desconfían, que tratan al otro como incapaz, como niño y le dicen “vos tenes que hacer esto porque nosotros somos los que sabemos y te decimos para donde hay que ir”.

Confiar no es dar algo porque el otro se lo merezca. La confianza es realizativa. Yo confío para que el otro pueda, no es que me haya tenido que mostrar que puede para que yo pueda confiar en él. Esto también va para la relación padre hijo, cuando uno confía en el hijo es porque esta queriendo que haga, que asuma un poder, que asuma su responsabilidad por lo que va a hacer, por lo que va a proponer, y no porque me haya demostrado que lo puede hacer, porque sino sería un circulo vicioso de que si no me demuestra no confío. La confianza es una apuesta por la posibilidades del otro. Y es es realizativa porque en general la persona que siente que confían en él tiene más posibilidades de hacer algo. En cambio cuando desconfiamos también se acrecientan las posibilidades de que las personas no puedan.

Esto lo vemos con chicos muy torpes donde esta el padre todo el tiempo regulándolo, retándolo, controlándolo... el chico no puede desarrollar nada y el padre o madre dice “viste que lo ibas a romper”. Como no lo va a romper si no puedo ejercer ni un poco de su capacidad.

Confiar significa renunciar al propio poder, delegar, dejar que otros hagan. A veces nos asusta en el mundo de la escuela porque no sabemos bien que va a pasar, tenemos miedo de que eso genere conflicto, de que traigan algo desajustado.

No queremos dejar la participación, no queremos dar lugar porque no sabemos como podemos lidiar después con lo que surja de ella. Las experiencias buenas de participación no llevan a situaciones tan conflictivas ni inmanejables; hay momentos de confusión, de desorganización, de desaciertos grandes, hay mucho por aprender, pero en general, la apuesta por la participación genera buenos resultados finalmente. El hecho de que los chicos se hagan responsables por aquello que están proponiendo o queriendo hacer y que también sean cuidadosos del mundo en el que van a intervenir.

A veces pasa que damos esa confianza y la retiramos enseguida, ni bien vemos que esa participación puede ser muy disruptiva, decimos “ustedes no saben participar, por lo tanto dejemos esto y volvamos al estado inicial. Dejenme decir a mi que soy la autoridad y sé por donde hay que ir”. ¿Cuál es el problema ahí? Es que estamos poniendo como requisito lo que nos habíamos planteado como objetivo. Nosotros queríamos, cuando propiciamos la participación, que los chicos aprendan a participar. La participación no se sabe hacer naturalmente, es toda una experiencia. En nuestra vida adulta también cuando participamos podemos equivocarnos mucho, podemos generar situaciones que no queríamos. A participar se aprende y es parte del objetivo de la escuela enseñar a participar o ayudar a que aprendan a participar. Si ni bien aparece un obstáculo, una desorganización o algo que me parece inapropiado, les quito ese poder o ejercicio de poder que les había ofrecido, vuelve la desconfianza, el control, se elimina esa posibilidad y hemos renunciado a nuestra obligación. Nuestra obligación era que ellos aprendieran a participar con todo lo que pueda significar de problemático. Propiciar la participación es ir en contra de la apatía que genera efectos nocivos y uno quisiera lograr generar una participación que no sea intermitente sino sostenida en el tiempo. Lo que uno ve y como dice Walzer en el texto “El concepto de ciudadanía en una sociedad que cambia”, en la actualidad, la ciudadanía es intermitente en el sentido de que aparece en el espacio público el ciudadano/a cuando algo lo afecta en lo personal, cuando ve vulnerado un derecho, cuando se ve afectado, humillado, etc. Muchas veces me descubro como ciudadano y voy a la plaza pública a reclamar por mis derechos, quiero que se me escuche y demás, pero en mi vida previa no he salido nunca a participar de nada, simplemente aparece esa necesidad cuando estoy involucrado directamente, afectado directamente. Esa participación se vuelve obsoleta o deja de ser tal ni bien se satisface aquello por lo que reclamo (cosa que en general no sucede) o cuando me canso. Es decir, el cansancio es lo que hace que la participación se diluya y aparece porque no hay ningún proyecto, no hay nada político detrás de esa participación, hay un interés pero un interés personal que me une a otros simplemente porque están sufriendo lo mismo que yo. Pero son individualidades que se juntan y reclaman por lo mismo, pero no se da un espacio de lo común, no estamos pensando un proyecto sobre lo común, sobre el ámbito público. Estamos queriendo ver como cada uno en esta movida resuelve su problema personal. No está mal que alguien participe cuando le pasa algo, pero lo interesante sería lograr una participación edificante, que uno sienta que también se construye en su propia identidad, independientemente si aquello por lo que se está reclamando tiene que ver con algo de lo estrictamente personal.

¿Cómo hacer para que una participación sea sostenida en el tiempo? Si pensamos en la escuela, pensemos en dispositivos y en proyectos donde la participación no se da solamente una vez cada tanto y por un tema en particular o específico, sino que sea un modo de estar en la escuela. Cuando hablamos de participar no hablamos solamente de generar un proyecto común, a veces participar es consultar, a veces los chicos se sienten participes cuando son seriamente consultados, cuando la institución va a tomar una decisión que los involucra y decide que ellos tengan opinión y que esa opinión sea tomada en cuenta. Participar no siempre quiere decir que les vamos a dejar la pelota para que ellos jueguen, sino que es oír sus voces y tomar decisiones que tengan en cuenta esas voces, aunque no sean exactamente cumplir con lo que ellos quieren.

¿Se puede participar sobre cualquier tema, de cualquier manera? No. Muchas veces pasa que los chicos quieren decidir o intervenir en cuestiones en las que saben poco. Por ejemplo no pueden definir un currículum porque no conocen la temática; puede tener en cuenta algunas opiniones o intereses de los chicos, pero lo debería definir un docente. Para participar hace falta información, hace falta formarse. Es necesario que los chicos pasen por instancias de formación e información para estar bien equipados a la hora de participar o decidir o decir que piensan. El peligro es que por esa falta de información o porque pensamos que los chicos no saben, caigamos en lo que pasa en las democracias actuales que es la democracia tecnocrática. Aquella democracia en la que los que deciden son los técnicos, los que saben y de algún modo esconden la información a la ciudadanía para que no intervenga en las decisiones. Solo deciden los

expertos. Cuando hablamos de democracia plena hablamos de una democracia en la que los ciudadanos tomen decisiones con el asesoramiento y la formación de los que saben.

Muchas veces damos lugar a la participación pero a través del voto, vamos directamente a una situación en la que los chicos tienen que votar por algo que a veces es definido por ellos y otras por la institución. El voto no es la instancia inicial de la participación, es la final. Puede ser innecesario votar, el voto es una manera en que las democracias toman decisiones cuando no hay consenso absoluto, pero la decisión de la mayoría no quiere decir que la mayoría tenga razón o que se haya obturado el debate o que haya que cerrar la cuestión, en todo caso estamos usando una herramienta para la toma de decisiones. Lo importante es el proceso, la discusión, el debate.

Muchas Gracias.

Abril, 2012.